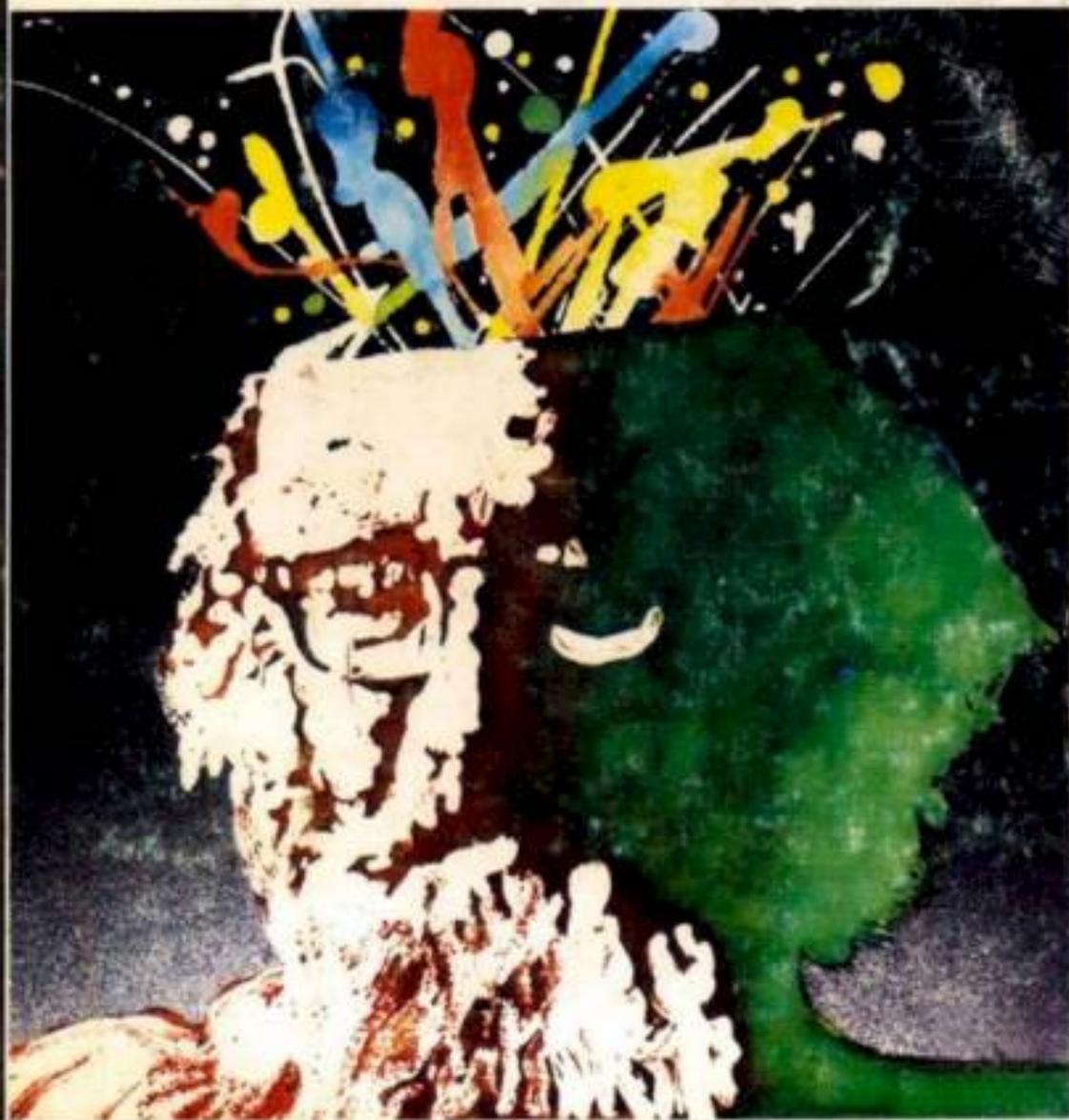


Los mundos de **DAMON KNIGHT**

Selección de MARCIAL SOUTO TIZON



El último hombre sobre la Tierra enfrentándose, de una manera muy peculiar, a la última mujer... Una raza extraterrestre que sólo desea nuestro bien y cuya máxima preocupación es, sobre todas las cosas, el cómo servirnos... Cuatro cerebros atrapados en el interior de una criatura que busca ante todo sobrevivir... Un hombre malvado angustiosamente perdido en un país de gentes bondadosas... El vivir una vida al revés, cuando el tiempo retrocede... La trascendencia de la muerte en una sociedad de seres eternos... El mortal problema de un cyborg enfrentado a su propia inutilidad de curiosidad científica... Estos son tan sólo algunos de los temas tocados en estos dieciocho relatos, seleccionados especialmente para esta edición por el conocido autor uruguayo Marcial Souto Tizón.

NO ACABARÁ CON UN ESTALLIDO

Diez meses después de pasar por encima el último avión, Rolf Smith supo sin lugar a dudas que sólo había sobrevivido otro ser humano. Ese otro ser humano se llamaba Louise Oliver, y estaba sentada a la mesa, frente a él, en la cafetería de un drugstore en Salt Lake City. Comían salchichas de Viena enlatadas y bebían café.

La luz del sol golpeaba como una sentencia a través del vidrio roto de una ventana. No se oían ruidos ni adentro ni afuera; sólo un sofocante rumor de ausencia. El sonido de platos en la cocina, el ruido sordo y pesado de los tranvías: nunca más. Había sol; y silencio; y los ojos acuosos, asombrados, de Louise Oliver.

Rolf se inclinó sobre la mesa e intentó atraer por un instante la atención de aquellos ojos de pez.

—Querida —dijo—, claro que respeto tu punto de vista. Pero tengo que hacerte comprender que no es práctico.

Louise lo miró un poco sorprendida, luego volvió a apartar los ojos. La cabeza se agitó levemente. *No. No, Rolf, no viviré contigo en pecado.*

Smith pensó en las mujeres de Francia, de Rusia, de México, de los Mares del Sur. Había pasado tres meses en los devastados estudios de una estación de radio en Rochester, escuchando las voces hasta que se apagaron. Había habido una gran colonia en Suecia, que incluía a un ministro del gobierno inglés. Los habitantes de esa colonia informaban que Europa ya no existía: no quedaba una hectárea que no hubiese sido barrida por el polvo radiactivo. Tenían dos

aviones y suficiente combustible para llegar a cualquier sitio del continente; pero no había adónde ir. Tres de ellos tuvieron la plaga; luego once; luego todos.

Había un piloto de bombardero que cayó cerca de una estación de radio gubernamental en Palestina. No duró mucho tiempo porque se había roto varios huesos al estrellarse; pero había vista las aguas vacías donde tendrían que haber estado las Islas del Pacífico. Suponía que habían sido bombardeados los hielos árticos.

No había informes de Washington, ni de Nueva York, ni de Londres, París, Moscú, Chungking, Sydney. Era imposible saber quién había sido exterminado por la enfermedad, quién por el polvo, quién por las bombas.

El propio Smith había sido ayudante de laboratorio en un equipo que trataba de encontrar un antibiótico para la plaga. Sus superiores encontraron uno que daba resultado a veces, pero llegó un poco tarde. Cuando se fue del laboratorio, Smith se llevó todo el que había: cuarenta ampollas, una cantidad suficiente para varios años.

Louise había sido enfermera de un elegante hospital cerca de Denver. Según ella, algo bastante extraño le había sucedido al hospital mientras ella caminaba hacia allí la mañana del ataque. Estaba bastante tranquila cuando hablaba de ese asunto, pero en sus ojos aparecía una mirada vaga, y su expresión destrozada se volvía un poco más ausente. Smith no la apremiaba para que le diese una explicación.

Como él mismo, Louise había encontrado una estación de radio que todavía funcionaba, y cuando Smith descubrió que ella no había contraído la plaga, aceptó que se encontraran. Louise, al parecer, era naturalmente inmune. Debía de haber otros, por lo menos unos pocos; pero las bombas y el polvo no les habían perdonado.

A Louise le parecía muy embarazoso que no quedase ningún pastor protestante vivo.

El problema era que ella lo pensaba de veras. A Smith le había llevado mucho tiempo creerlo, pero era así. Ella

tampoco estaba dispuesta a dormir en el mismo hotel que él; esperaba, y recibía, la mayor cortesía y corrección. Smith había aprendido la lección. Caminaba del lado de afuera en las aceras cubiertas de escombros; le abría las puertas, mientras hubo puertas; le acercaba la silla; se cuidaba de no maldecir. La galanteaba.

Louise tenía unos cuarenta años, por lo menos cinco más que Smith. A veces él se preguntaba qué edad pensaría ella que tenía. La impresión de ver lo que le había sucedido al hospital (fuese lo que fuese), a los pacientes que ella había cuidado, había obligado a su mente a refugiarse en la infancia. Louise admitía tácitamente que todas las demás personas del mundo estaban muertas, pero aparentemente consideraba que eso era algo que uno no debía mencionar.

Más de un centenar de veces en las últimas tres semanas, Smith había sentido un impulso casi irresistible de romperle el delgado pescuezo y seguir adelante. Pero no tenía salvación; ella era la única mujer en el mundo, y la necesitaba. Si moría, o lo abandonaba, él también moriría ¡Vieja perra!, pensó furiosamente para sus adentros, cuidando de que no se le notara en la cara el pensamiento.

—Louise, vida mía —dijo suavemente—, quiero abusar lo menos posible de tus sentimientos. Tú lo sabes.

—Sí, Rolf —dijo ella, mirándole fijamente con cara de gallina hipnotizada.

Smith se obligó a proseguir.

—Tenemos que afrontar los hechos, por muy desagradables que sean. Querida, somos el único hombre y la única mujer que existen. Somos como Adán y Eva en el Jardín del Edén.

En la cara de Louise apareció una expresión de leve disgusto. Evidentemente estaba pensando en hojas de parra.

—Piensa en las generaciones venideras —le dijo Smith, con un temblor en la voz. Piensa en mí siquiera una vez. Quizá sirvas otros diez años, quizá no. Con un estremeci-

miento, recordó la segunda etapa de la enfermedad: la desvalida rigidez, que golpeaba sin aviso previo. Él ya había tenido un ataque de esos, y Louise le había ayudado a curarse. Sin Louise él se habría quedado en ese estado hasta morir, con la hipodérmica salvadora a pocos centímetros de su rígida mano. Pensó desesperadamente: Con suerte te sacaré por lo menos dos hijos antes de que estires la pata. Entonces estaré seguro.

Continuó hablando:

—Dios no quería que la raza humana acabase de este modo. Nos perdonó a nosotros, a ti y a mí, para... —hizo una pausa; ¿cómo lo podría decir sin ofenderla? «Padres» no serviría: demasiado sugestivo—... para llevar adelante la antorcha de la vida —concluyó.

Eso. Era una manera bastante adecuada de decirlo.

Louise miraba fijamente por encima del hombro de Smith. Los párpados le pestañeaban regularmente, y la boca acompañaba ese ritmo con pequeños movimientos de ratón. Smith se miró los debilitados muslos debajo de la mesa. No tengo fuerzas para violarla, pensó. ¡Cristo, si tuviera fuerzas!

Volvió a sentir aquella rabia inútil, y trató de dominarse. No podía perder la cabeza, porque ésta era quizá su última oportunidad. Louise había estado hablando últimamente, en el lenguaje nebuloso que usaba para todo, de subir a las montañas a rezar para que el Señor los guiase. No había dicho «sola», pero era bastante fácil ver que se lo imaginaba de esa manera. Tenía que convencerla antes de que la decisión fuese irrevocable. Se concentró furiosamente, e hizo otro intento.

Las palabras pasaban como un rumor distante. Louise oía alguna frase de vez en cuando. Cada una de esas frases le generaba una cadena de pensamientos, que la ataban con más firmeza al ensueño. «Nuestro deber ante la Huma-

nidad...». Mamá había dicho a menudo —eso era en la vieja casa de Waterbury Street, naturalmente, antes de que mamá enfermara— había dicho:

—«Niña, tu deber es ser limpia, educada y temerosa de Dios. Ser bonito no importa. Hay muchas mujeres feas que han conseguido maridos buenos y cristianos».

Maridos... Tener y poseer... Azahares, y las madrinas de boda; la música de órgano. Entre la bruma vio la cara delgada y lobuna de Rolf. Naturalmente, él era el único hombre que tendría jamás; lo sabía muy bien. Caramba, cuando una muchacha pasaba de los veinticinco tenía que aceptar lo que consiguiese.

Pero a veces me pregunto si de veras es un buen hombre, pensó.

«... a los ojos de Dios...». Louise recordó las ventanas de vidrios coloreados de la vieja Primera Iglesia Episcopal, y cómo pensaba siempre que Dios la miraba desde aquella brillante transparencia. Quizá Él la estuviese mirando todavía, aunque a veces parecía que la hubiese olvidado. Naturalmente, ella se daba cuenta de que las costumbres matrimoniales cambiaban, y si uno no podía tener regularmente un pastor... Pero era una verdadera lástima, casi un ultraje que si de veras se casaba con ese hombre, no pudiese disfrutar de tantas cosas agradables... Ni siquiera habría regalos de boda. Ni siquiera eso. Pero, por supuesto, Rolf le daría todo lo que ella quisiese. Miró otra vez a su cara, y notó aquellos ojos negros concentrados que la miraban con feroz intención, la boca delgada que se contraía en un tic lento y regular, los velludos lóbulos de las orejas debajo de la maraña de pelo negro.

Rolf no se debía dejar crecer tanto el pelo, pensó Louise. Bueno, ella podía cambiar todo eso. Si se casaba con él, sin duda le haría cambiar el modo de ser. Era su obligación.

Rolf estaba hablando de una granja que había visto en las afueras de la ciudad, una casa grande, buena, con granero. No había ganado, dijo, pero después ya conseguirían

alguno. Y plantarían cosas, y tendrían sus propios alimentos, para no tener que ir a restaurantes todo el tiempo.

Louise sintió algo en la pálida mano que tenía delante de ella en la mesa. Los dedos de Rolf, morenos, gordos, con negro vello encima y debajo de los nudillos, tocaban los de ella. Rolf habla callado un momento, pero ahora hablaba otra vez, con más urgencia todavía. Louise retiró la mano.

Rolf estaba diciendo:

—... y tendrás el más hermoso traje de boda, y un ramo de flores. Todo lo que quieras, Louise, todo... ¡Un traje de boda! ¡Y flores, aunque no hubiese un pastor! Bueno, ¿por qué el tonto ese no lo había dicho antes?

Rolf se interrumpió en la mitad de una frase; acababa de darse cuenta de que Louise había dicho claramente «Sí, Rolf, me casaré contigo si ése es tu deseo...».

Aturdido, Rolf quiso que lo repitiese, pero no se atrevió a preguntarle: «¿Qué dijiste?», por miedo a recibir alguna respuesta fantástica, o ninguna respuesta. Tomó aliento, profundamente, y dijo:

—¿Hoy, Louise?

—Bueno —dijo ella—, hoy... No estoy muy... Naturalmente, si te parece que puedes hacer todos los preparativos a tiempo... aunque me parece...

El triunfo corrió por el cuerpo de Smith. Ahora tenía una ventaja, y la aprovecharía.

—Di que sí, querida —la apremió—. Di que sí y seré el hombre más feliz...

La lengua se le resistió, impidiéndole terminar la frase; pero no importaba. Louise asintió sumisamente.

—Lo que te parezca mejor, Rolf.

Smith se puso de pie, y Louise le permitió que le besase una pálida y seca mejilla.

—Nos vamos inmediatamente —dijo él—. ¿Me disculpas un minuto, querida?

Esperó al «Sí, claro» de Louise, y entonces caminó hasta el fondo de la sala, dejando huellas en la alfombra de piel. Sólo tendría que hablar así con ella unas pocas horas, y luego ella sentiría que le pertenecía para siempre. Después, Rolf podría hacer con ella lo que quisiese: pegarle, someterla a cualquier prueba de su desprecio y repulsión, usarla. Entonces no estaría tan mal, nada mal, ser el último hombre sobre la tierra. Hasta podía tener una hija...

Encontró la puerta del retrete y entró. Dio un paso, y el cuerpo se le paralizó, sin llegar a perder el equilibrio, erguido pero impotente. El pánico le atacó la garganta; trató de volver la cabeza y no pudo; trató de gritar y no pudo. A sus espaldas hubo un pequeño chasquido: la puerta, amortiguada por el tope hidráulico, acababa de cerrarse para siempre. No estaba con llave; pero del otro lado mostraba la advertencia CABALLEROS.

EL HOMBRE: CÓMO SERVIRLO

Es cierto que los kanamit no eran hermosos. Se parecían un poco a los cerdos y un poco a las personas, y no es ésa una combinación atractiva. Uno se horrorizaba la primera vez que los veía, y eso significaba para ellos un hándicap. Cuando una cosa con cara de demonio llega de las estrellas y ofrece un regalo, uno no siente muchas ganas de aceptarlo.

No sé qué aspecto esperábamos que tuviesen los visitantes estelares; es decir, los que alguna vez pensamos en el asunto. De ángeles, quizás, o de algo demasiado extraño para ser verdaderamente espantoso. Tal vez por eso nos horrorizamos tanto y sentimos tanta repugnancia cuando aterrizaron en sus grandes naves y vimos cuál era su aspecto.

Los kanamit eran de estatura baja y muy peludos: un pelo tupido, cerdoso, de un color gris pardo, les cubría el cuerpo abominablemente rollizo. Tenían narices como hocicos, y ojos pequeños, y manos gordas con tres dedos en cada una. Usaban tirantes de cuero de color verde y pantalones cortos de color verde, pero pienso que los pantalones eran una concesión a nuestras ideas sobre la decencia pública. El corte de las ropas estaba bastante de acuerdo con la moda, con bolsillos rectos y cinturón en la espalda. Los kanamit tenían sentido del humor, de todos modos.

Había tres de ellos en esa sesión de las Naciones Unidas y, Señor, no puedo decirles lo raro que parecía verlos allí en medio de una solemne sesión plenaria: tres criaturas gor-

das, con forma de cerdos, vestidas con tirantes y pantaloncitos verdes, sentadas a la larga mesa debajo del podio, rodeadas de los apretados semicírculos de delegados. Mantenían el cuerpo erguido, y miraban cortésmente a cada orador. Las orejas chatas les pendían sobre los auriculares. Más adelante, creo, aprendieron todos los idiomas humanos, pero en ese momento sólo hablaban el francés y el inglés.

Parecía que estaban perfectamente a sus anchas, y eso, junto con su sentido del humor, me hizo sentir simpatía por ellos. Yo estaba en la minoría; no creía que fuesen a hacer ninguna cosa.

El delegado de la Argentina se levantó y dijo que su gobierno tenía interés en la demostración de una nueva y barata fuente de energía que los kanamit habían hecho en la sesión anterior, pero que el gobierno argentino no podía comprometer su política futura sin un examen más completo.

Era lo que decían todos los delegados, pero yo me veía en la necesidad de prestar una especial atención al señor Valdés, porque tenía tendencia a farfullar y su dicción era mala. Conseguí terminar la traducción con sólo uno o dos titubeos momentáneos, y luego conecté la línea de polaco-inglés para escuchar cómo le iba a Gregori con Janciewicz. Janciewicz era la cruz de Gregori, como Valdés era la mía.

Janciewicz repitió las observaciones anteriores con unas pocas variaciones ideológicas, y luego el Secretario General dio la palabra al delegado de Francia, que presentó al doctor Denis Lévèque, el criminólogo, e hicieron entrar en la sala una gran cantidad de aparatos complicados.

El doctor Lévèque señaló que la pregunta que estaba en la cabeza de mucha gente había sido adecuadamente expresada por el delegado de la U.R.R.S. en la sesión anterior, cuando preguntó: «¿Qué motivo mueve a los kanamit? ¿Qué propósitos tienen para ofrecernos estos regalos inauditos, sin pedir nada a cambio?» Luego, el doctor dijo:

—A petición de varios delegados, y con el pleno consentimiento de nuestros invitados, los kanamit, mis compañeros y yo hemos realizado una serie de experimentos con los kanamit usando los aparatos que ustedes pueden ver. Esos experimentos serán repetidos ahora.

Un murmullo atravesó la sala. Hubo una descarga de bombillas de magnesio, y una de las cámaras de televisión se movió para enfocar la mesa de instrumentos del equipo del doctor. Al mismo tiempo, la enorme pantalla de televisión que había detrás del podio se iluminó y vimos los círculos de los diales, con las agujas descansando en el cero, y una cinta de papel en la cual se apoyaba la punta de un estilo.

Los ayudantes del doctor estaban asegurando alambres a las sienes de uno de los kanamit, enrollándole un tubo de goma recubierto de lona en el antebrazo, y fijándole algo en la palma de la mano derecha.

En la pantalla vimos que la cinta de papel comenzaba a moverse, mientras el estilo trazaba en ella una línea en zigzag. Una de las agujas comenzó a saltar rítmicamente: la otra se movió hasta el otro extremo del círculo y se quedó allí, oscilando levemente.

—Estos son los instrumentos clásicos para someter a prueba la verdad de una declaración —dijo el doctor Lévèque—. Nuestro primer propósito, dado que desconocemos la fisiología de los kanamit, fue determinar si reaccionan o no ante estas pruebas lo mismo que los seres humanos. Ahora repetiremos uno de los muchos experimentos que hicimos mientras nos esforzábamos por descubrirlo.

Señaló el primer dial.

—Este instrumento registra los latidos del corazón del sujeto. Este muestra la conductividad eléctrica de la piel en la palma de la mano, así como la cantidad de transpiración que aumenta con la tensión. Y éste —señalando el aparato de la cinta y el estilo— muestra la forma y la intensidad de las ondas eléctricas que emanan del cerebro. Se ha demos-

trado con seres humanos, que lo que indican estos instrumentos varía notablemente según el sujeto diga o no la verdad.

Tomó dos pedazos grandes de cartón, uno rojo y otro negro. El rojo era un cuadrado de aproximadamente un metro de lado; el negro era un rectángulo de algo más de un metro de largo.

—¿Cuál es más largo? —dijo, dirigiéndose al kanama.

—El rojo —respondió el kanama.

Las dos agujas saltaron violentamente; lo mismo hizo la línea de la cinta.

—Repito la pregunta —dijo el doctor—. ¿Cuál es más largo?

—El negro —dijo la criatura.

Esta vez los instrumentos continuaron con su ritmo normal.

—¿Cómo vinieron a este planeta? —preguntó el doctor.

—Caminando —dijo el kanama.

Los instrumentos volvieron a saltar, y hubo unas risas ahogadas en la sala.

—Otra vez —dijo el doctor—. ¿Cómo vinieron a este planeta?

—En una nave espacial —dijo el kanama, y los instrumentos no saltaron.

El doctor se volvió hacia los delegados.

—Hemos realizado muchos experimentos como éstos —dijo—, y mis colegas y yo estamos satisfechos de que los mecanismos sean efectivos. Ahora —se volvió hacia el kanama— le pediré a nuestro distinguido huésped que responda a la pregunta que hizo el delegado de la U.R.S.S. en la última sesión, es decir, qué motivos tienen los kanamit para ofrecer esos magníficos regalos a los terrestres.

El kanama se levantó. Hablando esta vez en inglés, dijo:

—En mi planeta tenemos un refrán: «Hay más misterios en una piedra que en la cabeza de un filósofo.» Los motivos de los seres inteligentes, aunque a veces puedan parecer

oscuros, son simples comparados con el complejo funcionamiento del universo natural. Por lo tanto, espero que el pueblo de la Tierra me comprenda y me crea cuando le digo que nuestra misión en su planeta es ésta: traer a ustedes la paz y la abundancia que nosotros disfrutamos, y que en el pasado hemos llevado a otras razas de la galaxia. Cuando en este mundo no haya más hambre, ni más guerras, ni más sufrimientos inútiles, esa será nuestra recompensa.

Y las agujas no saltaron ni una sola vez.

El delegado de Ucrania se puso repentinamente en pie y pidió la palabra, pero ya se había terminado el tiempo y el Secretario General cerró la sesión.

Encontré a Gregori cuando salíamos de la sala. Tenía la cara encendida de excitación.

—¿Quién organizó este circo? —preguntó.

—Las pruebas me parecieron auténticas —dijo.

—¡Un circo! —repitió Gregori con vehemencia—. ¡Una farsa de segunda categoría! Si las pruebas fueron auténticas, Pete, ¿por qué suprimieron el debate?

—Habrá tiempo para el debate mañana, seguramente.

—Mañana el doctor y sus instrumentos estarán de vuelta en París. Muchas cosas pueden pasar antes de mañana. En nombre de la cordura, Pete, ¿cómo puede alguien confiar en una cosa que parece que acaba de comerse a un niño?

Yo estaba un poco molesto. Le dije:

—¿No estarás más preocupado por su política que por su aspecto?

—Bah —dijo Gregori, y se fue.

Al día siguiente comenzaron a llegar de todo el mundo informes de laboratorios gubernamentales donde había sido probada la fuente de energía de los kanamit. Todos esos informes eran notablemente entusiastas. Yo no entiendo de esas cosas, pero aparentemente las pequeñas cajas metálicas producían más energía eléctrica que una pila ató-

mica, casi sin ningún gasto, y prácticamente para siempre. Y se decía que era tan barato fabricarlas que todas las personas podrían tener una. En las primeras horas de la tarde se informó que diecisiete países habían comenzado ya a montar fábricas para producirlas.

Al día siguiente los kanamit aparecieron con planos y especímenes de un artefacto que aumentaría la fertilidad de cualquier terreno cultivable de un sesenta a un cien por ciento. Aceleraba la formación de nitratos en la tierra, o algo parecido. En los noticiarios ya no se hablaba de otra cosa que de los kanamit. Un día después, arrojaron la bomba:

—Ahora ustedes tienen energía en cantidades potencialmente ilimitadas, y una mayor provisión de alimentos —dijo uno de ellos. Señaló con la mano de tres dedos un instrumento que tenía delante, sobre la mesa. Era una caja montada en un trípode, con un reflector parabólico en la parte delantera—. Hoy les ofrecemos un tercer regalo que es por lo menos tan importante como los dos primeros.

Hizo una seña a los cámaras de televisión para que acercasen las cámaras a un primer plano. Luego tomó una hoja grande de cartón cubierta de dibujos y palabras en inglés. La veíamos en la enorme pantalla encima del podio; era claramente legible.

—Nos han informado que esta emisión está siendo retransmitida a todo el mundo —dijo el kanama—. Quisiera que todos los que tengan equipo para sacar fotografías de pantallas de televisión lo usasen ahora.

El Secretario General se inclinó hacia adelante y le hizo una pregunta, pero el kanama lo ignoró.

—Este aparato —dijo— genera un campo dentro del cual no puede detonar ningún explosivo, cualquiera que sea su naturaleza.

Hubo un silencio de incompreensión.

—Ya no es posible ocultarlo —dijo el kanama—. Si lo tiene una nación, lo deben tener todas. —Como aparente-